

JOAQUÍN GUTIÉRREZ

DON JOAQUIN GARCIA MONGE

AVANZA LA DÉCADA de mil ochocientos ochenta pero no sopla el viento de la historia en ese villorrio de tejas y adobes en donde se ha detenido el tiempo colonial.

—¡Ave María Purísima, ese muchacho tiene cinco años y ya sabe leer!

Prodigio para los vecinos y sobre todo para las beatas que le regalan bizcochos a cambio de que el niño les lea en sus libros de oraciones.

Frente a la iglesia la plaza, con un pozo al centro rodeado por unos inmensos higuerones: el niño se instala entre las maternas raíces retorcidas y lee, lee y lee. Pasarán muchos, muchos años, pero será siempre, un poco, un niño campesino dedicado a la lectura.

A la escuelita rústica de Desamparados no ha llegado ningún pedagogo brillante; es tan sólo un maestro santo y rústico que enseña a empujoncillos. El mismo don Joaquín, ya viejo, en confesiones a Yolanda Muñoz, quien escribió una excelente "Memoria" sobre su vida y obra, lo recordará:

" — pe — a — ene — pan, pe — e — ene — pen, pe — i — ene — pin, pe — o — ene — pon, pe — u — ene — pun. Esos eran los intrínquilis del pan, pen, pin, pon, pun, y los niños, al llegar al pun, se tiraban al suelo y todo era una sola carcajada".

Cursa García Monge la escuela primaria de siete grados. Queda huérfano de padre y en la capital cursa la secundaria de cinco más, como alumno interno. Y vuelve, ya bachiller, a su aldea, ese Desamparados eglógico de vacas y gallinas. Y de nuevo lee y lee.

Así un día, al atardecer, sentado en la ancha ventana de adobes, para aprovechar los últimos rayos del sol, descubre a José María de Pereda, y, con Pereda, un camino ancho y claro:

También a mi alrededor —piensa el muchacho— crepitan las novelas. El

vecino Pedro y la vecina Micaela son personajes muy importantes y más importantes que la Marquesa sin dientes, el General sin espada o la Señorita melancólica que hace poemas y se suicida. Sí, esto es claro, aquí mismo, entre los vecinos que vienen a charlar alrededor del pozo, hay docenas de novelas; lo único que se necesita es desnudarlas.

Lección inmensa que hoy, todavía, nos marca el norte.

¿Puede creerse que en Costa Rica, al finalizar el siglo XIX, no se habían escrito novelas? Pues así era. Hubo un precursor, Argüello, a quien, estirando la benevolencia, se le puede otorgar este título, pero en realidad fue don Joaquín el primero.

Visita una imprenta acompañado por su maestro, el gran filólogo don Carlos Gagini, quien firma un documento responsabilizándose por los 125 colones de la deuda; y un día recibe, impresa, su novela *El Moto*. Estamos en 1900 y don Joaquín tiene, apenas, 19 años de edad. Y la novela no es género para niños precoces. Se podrá ser precoz en poesía, en música, en matemáticas, pero no en novela. Y don Joaquín lo fue, archiprecoz, y eso sin contar, como ya dijimos, con ningún antecedente nacional que le sirviera de apoyo, explorando audaz el vacío, agarrándose firme, eso sí, en su conocimiento de la vida del campo.

El éxito fue inmediato, la edición se vendió toda, pagóse la factura y aún alcanzó para que el novel escritor se mandase a hacer un traje de casimir importado. El triunfo le dio impulso y ese mismo año publicó la segunda: *Las Hijas del Campo*, esta vez bajo la influencia de don Emilio Zola. Trama más compleja y ambiciosa pero la misma dulzura, la misma falta de retórica, la misma sonrisa humana y bien humorada. Nuevo éxito, una tercera novela y en 1901 una beca que se le otorga para que vaya a Chile a estudiar tres años en el Pedagógico y algunos cursos de zootecnia en la Quinta Normal.

Regresa y es nombrado profesor de Castellano y Literatura en el Liceo de Costa Rica a los 23 años de edad. A las pocas semanas estalla un conflicto entre el Gobierno y el educador chileno don Zacarías Salinas, director en esa época del establecimiento. Parten los muchachos a desfilas a la calle, interviene la policía y en los interrogatorios de los detenidos sale a relucir el nombre de don Joaquín como principal incitador de la "rebelión". El Gobierno, drástico y miope, lo destituye por "anarquista".

¿Qué habrán comentado los vecinos de Desamparados reunidos a la salida de la misa? ¿Qué entenderán por anarquista?

Al día siguiente, rodeado de un nimbo de azufre en llamas con que

le corona el cura aterrorizado, el anarco llega a su pueblo a cultivar la tierra, a ordeñar las vacas y darles de comer a los pollos. Sólo vino a sacarlo de allí, varios años después, el Presidente González Viquez, quien lo nombro profesor en el Colegio de Señoritas.

La cátedra, el matrimonio, un hijo. Y en 1915, al crearse la Escuela Normal en Heredia, fecha importante en el desarrollo de la educación nacional, allá lo trasladan y al fin lo nombran, en 1917, Director.

Aquí una trizadura de odioso recuerdo en el desarrollo democrático del país. Los hermanos Tinoco instauran la dictadura. Don Joaquín había predicado: "el educador no ha de ser un conejo asustadizo, ni mucho menos un alcahuete de los políticos", pero los Tinoco necesitan alcahuetes y se ceban con él. Destituido parte a Nueva York en donde trata de fundar una editorial, pero no le agradó la gran *cosmópolis*, como se decía entonces, ni encontró ayuda. Vuelve, se incorpora activo a la lucha contra la tiranía y ve con regocijo cuando ésta se desploma.

Ya es un hombre a quien se escucha. Ya va siendo la conciencia de su pueblo, su espejo claro en donde se reflejan las mejores virtudes de sus labriegos y artesanos.

El tirano, al huir, entrega el mando al general don Juan Bautista Quirós y los vecinos de la capital, recelosos de que no retorne aún la vida ciudadana a la normalidad, nombran una comisión de capitalinos quienes deben visitar al general a fin de hacerle saber qué es lo que esperan de su mandato, y conminarlo a que convoque cuanto antes a elecciones. Don Joaquín la preside y toma la palabra.

¡Qué magnífico alegato público y qué modelo de oratoria cívica! Comienza por ablandar hábilmente al general, después lo abrumba con argumentos, luego lo amenaza, se eleva sobre él y lo hace sentir que es todo un pueblo el que está hablando en esos momentos por su boca, y que ante todo un pueblo su espada es tan inútil como una cuchilla herrumbrada. La patria y su destino están por encima de todo. Y, al final, la puntilla: vamos, general, olvide su postura pasajera y convoque a elecciones. Yo, en nombre del pueblo, se lo mando.

Retornó la normalidad y fue nombrado Secretario de Educación Pública. Y después, de 1920 a 1935, Director de la Biblioteca Nacional. Desde entonces no vuelve a servir ningún cargo público.

Yo lo conocí en la Biblioteca hace un cuarto de siglo. Los muchachos íbamos allá a leer novelas de Salgari sentados alrededor de unas grandes mesas redondas. Desde allí lo atisbábamos, a veces, paseándose con las ma-

nos a la espalda por los jardincillos interiores. Una de esas tardes me llevó mi padre donde él a presentarme:

—Don Joaquín, este muchacho parece que me va a resultar escritor. Yo quiero dejárselo a su cuidado.

Mi padre partió y yo me quedé, con mis 15 años muy impresionados, mirando a ese hombrecito gordo, de calvicie brillante y mejillas rosadas de varón criado al aire libre, voz que apenas brotaba con movimientos mínimos de los labios y mirada juguetona en la que siempre había un matiz burlón y cariñoso. Me pidió que le leyera los versos que andaba trayendo. ¿Cómo lo habría adivinado? ¿Cómo pudo darse cuenta de que todos los bolsillos los tenía llenos de sonetos?

Volví al día siguiente y volví muchas veces. Me prestaba libros: hoy Santa Teresa y mañana Engels o Bakunin; hoy Martí o Rodó y la otra semana Neruda, de quien acababa de recibir la edición grande de *Residencia en la Tierra*.

Con aquel riego ¡cómo no iba a crecer la planta! Por fin el jardinero me pidió la primera colaboración para su Repertorio. Aquello ya era la consagración definitiva: salir en letras de molde, viajar por toda América con esas alas de papel impreso, saber que ese ejemplar con nuestro poema caería en las manos de Alfonso Reyes, descansaría en el escritorio de Juana de Ibarburou, circularía entre los universitarios de Lima o La Habana.

Y si lo cuento así, con detención, es porque ese mismo estímulo y ese mismo calor humano fueron disfrutados por muchos cientos y miles de muchachos con inquietudes literarias, para quien Repertorio fue un padrino, un espaldarazo, un viento fecundo, un pan cultural, un abrazo de aliento.

Después, con toda mi generación, bebimos el vino fuerte del iconoclasismo. Para vencer en la batalla que librábamos dentro de nosotros mismos tuvimos que volvernos sectarios, ásperos, intransigentes. Nos movíamos en medio de una sociedad pacata y a menudo mezquina y para romper la costra de prejuicios que nos envolvía nos convertimos en unos bárbaros sin respeto a nada. Don Joaquín mismo cayó más de una vez bajo nuestra mofa. —¡Es un viejito inofensivo!— —¿A dónde va con su Repertorio?— —¡Qué majaderear tanto con Santa Teresa!— ...y cosas así.

Nosotros, el grupo que incluía la más fecunda y variada generación artística y literaria que ha dado Costa Rica: Yolanda Oreamuno, Fabián Dobles, el poeta Segura, Paco Zúñiga, Juan Manuel, Manuel de la Cruz y muchos más, entonces muchachones de 20 años, íbamos mucho más allá... o así al menos lo creíamos pretenciosamente.

Ya lo visitábamos poco y cuando lo hacíamos era para robarle libros. O si no, para llegar hasta la puerta de su casa e imitar al pregón callejero: —¡Compro boteeceellas, papeeel periódico!o!

El, que vendía papeles viejos que se le acumulaban, llegados de todas partes, para ayudarse con ello a subsistir, contestaba desde adentro: —Ya voy. Y lo veíamos acercarse por el largo corredor, oculto bajo un montón de revistas que apenas sostenía con sus brazos cortos y gorditos. Llegaba a donde estábamos conteniendo la risa, y surgiendo su calva detrás de la montaña impresa, como la luna detrás de los Andes, descubría la broma:

—¡Ah, Gutierritos, siempre de guasa!

Todo dicho con una voz limpia, privada de todo rencor, paternal y cariñosa. Hoy, en esta ocasión, por todos esos años de torpe e irrespetuosa intransigencia, perdónanos don Joaquín.

Después, ya en Chile, escribirle y colaborar en su revista. Y hace poco, con motivo de un viaje a Costa Rica después de 15 años de ausencia, visitarlo, con la mayor frecuencia posible, sintiendo, claramente, que ya no lo volveríamos nunca más a ver.

Su casita modesta: en la primera pieza una mesa redonda, cerros, torres, cataratas de libros, revistas, cartas y toda clase de impresos. Sentado en su poltrona es un sabio socrático a quien ya muy pocos visitan. Un Gobierno torpe le negó la posibilidad de ser candidato a diputado hace unos años. La salud comienza a abandonarlo y, además, su esposa está enferma y él hace las veces de enfermero. Nos recibe muy contento, con esa efusividad suya reprimida y en sordina: —¡Oh, tocayo, ya vienen muy pocos a verme, ya estoy viejo y los aburro!

Pero no está viejo, no es cierto. Está al día en todo. Lee y lee y lee. Una nueva realidad social que implica cambios hondísimos y que resulta de difícil asimilación para un hombre nacido hace casi 80 años, a él le resulta natural y lógica. Y si no ¿para qué ha leído tanto? Por eso si bien no es comunista los ayuda en lo que puede. ¿No son ellos acaso quienes más se preocupan de sus campesinos, de sus artesanos y obreros, en una palabra, de sus personajes? El sigue siendo un hombre del pueblo que incluso parece no darse cuenta de su sabiduría, de su prestigio, de que se balancea en la silla de oro de la inmortalidad. Menos puede imaginarse que su prestigio, para decirlo con las palabras con que los indios saludaron al Libertador, crecerá con los siglos como la sombra cuando el sol declina.

Ya dijimos que como novelista da punto de partida al género en Costa Rica. A la aparición de sus obras, naturalmente, se encendió la polémica.

¿Pero cómo —decían los intelectuales consagrados de levita, pera y bigote y con varios viajes a Europa—, cómo se atreve este mozalbete a creer que con ñor Juan como héroe se puede escribir una novela? —No se dan cuenta que Alfonso Quijano el bueno, ¿qué era sino un ñor Juan de su época?

El impacto de sus obras fue fundamental como contribución a una literatura nacional, realista, veraz, humana. Es de lamentar únicamente que no hubiera insistido, que si alcanzó tan alto con obras escritas a los 20 años, no hubiera creado otras a los 40 o a los 50. De todos modos, con lo que hizo su nombre se une a los del poeta Aquileo Echeverría, el cuentista Magón y la novelista, escritora para niños y maestra admirable también, Carmen Lira, para formar con ellos los cuatro pilares sobre los que se asienta la literatura costarricense, la contribución de mis compatriotas a las letras americanas.

Como educador, su mano regó al voleo tanta semilla que es imposible contar sus espigas de tantas que florecieron.

Como publicista fue el más incansable, modesto, generoso estimulante de varias generaciones de muchachos americanos, el mejor vínculo de los espíritus libres de América durante cincuenta años o más, el sonido inalámbrico que tiqueteaba, de corazón a corazón, pasando la consigna justa, la voz de alerta, la palabra sagrada, el verbo justiciero.

Comenzó con *Vida y Verdad* en 1904. Según sus propias palabras “picaba y no la vieron con buenos ojos”, por lo que se vio precisado a editarla con seudónimo: Jonathas Riedell. El lema: “la vida y la verdad triunfan de dioses, instituciones y hombres”. Tenía entonces 23 años. Su segunda revista fue *Siembra*, de la cual aparecieron 5 números. Después, bajo la influencia de Rodó, la colección *Ariel*, la cual, “para que todos pudieran comprarla valía diez céntimos el tomito”. *Ariel* abarcó de 1940 a 1915. Además el *Boletín de Educación Pública*, las revistas *Universo*, *La Obra* y *El Convivio para los Niños*, y, finalmente, las ediciones de *Repertorio Americano*.

El primer número de *Repertorio* está fechado el 19 de septiembre de 1919. El último quedó en galeras sobre su mesa de trabajo. Al principio, durante diez años, fue semanal; después quincenal y ahora último aparecía más o menos cada mes, cuando se juntaban los pesos para la imprenta. En total publicó más de 1.300 números, siendo un hombre pobre, muy pobre, que vivía en una casa que le prestaba su cuñado; un hombre pobre que movilizó con sus publicaciones millones de pesos, en beneficio de la cultura y de la dignidad.

En Repertorio su trabajo personal es gigantesco: separa la correspondencia; la archiva; lleva la contabilidad; selecciona el material, para lo cual sigue leyendo por toneladas; escribe las notas bibliográficas, siempre estimulantes; compagina y lleva el material a la imprenta; corrige las pruebas; recibe la edición; la cuenta, envuelve, rotula y amarra en paquetitos que lleva, él mismo, con sus pasitos cortos, en varios viajes hasta el Correo.

Sin embargo, siempre insiste en que Repertorio no es un trabajo personal sino colectivo y recuerda la labor de los prensistas y tipógrafos, del distribuidor, de los quinientos suscriptores nacionales y los amigos y colaboradores del extranjero.

Y Repertorio aparece, uno y otro número, conteniendo siempre por lo menos un artículo de gran interés, y mucha noticia, mucha vibración. Con los años que pasan don Joaquín se torna más y más generoso y muchas de las colaboraciones que publica no pasan de la medianía, pero si él no las publica, ¿quién lo va a hacer? ¿Y quién puede asegurar que el muchacho que hoy comienza no va a dar mañana un estirón? ¿No comenzó acaso Darío escribiendo versitos de pipiripao?

Además Repertorio no es tan sólo una publicación literaria. Lejos de eso. Durante toda su existencia libra campañas encendidas contra los grandes enemigos de la América Latina y de la Humanidad: el imperialismo y sus tropelías en la zona del Caribe, el nacistascismo, el franquismo, la guerra y sus negociantes y las satrapías criollas. Cada campaña contra un tiranuelo deja por saldo que Repertorio no puede circular más en ese país; don Joaquín pierde así otros suscriptores y la vida se le vuelve más dura... pero más hermosa.

A falta de grandes editoriales, de máquinas modernas, sólo un alma inflexible en pos de la verdad, una tenacidad irreductible, una prédica incesante.

Es un apóstol sin arrebatos, posturas ni afeites. Su modestia llega a lindar con la santidad. Hace algunos años Pablo Neruda me encomendó escribirle en su nombre pidiéndole su autorización para proponerlo como candidato al Premio Stalin de la Paz. Nos contestó: "mil gracias pero cómo se les ocurre. Yo les ayudo igual así desde mi rincón. Mejor dénselo a Baldomero".

Poco antes de fallecer, exactamente una semana antes, se presentó al Congreso Nacional de Costa Rica un proyecto de ley para declararlo Benemérito de la Patria. Es un título que sólo se ha otorgado a ex presidentes y, póstumo, al sabio Clodomiro Picado. En el Congreso el proyecto fue aprobado por 38 votos a favor y 7 en contra, el de un grupillo oscurantista

que lo impugnó por sus ideas políticas. Pobres gentes ciegas que parpadean legañosas ante la luz, excepciones deshonrosas de la Patria.

El Benemeritazgo se le adjudicó cuando aún nadie suponía que su fin estaba tan próximo y la noticia puede haber herido su corazón cansado.

Llegó así el final. La víspera de su muerte llamó a un amigo y le pidió: "nada de flores, discursos ni ceremonias en mi muerte. Que sea sencilla como ha sido mi vida sencilla... ¿verdad?"

Hoy está solo, aunque esté en el corazón de todos nosotros está solo. Sus manos buscan a tijeras, vencidas por la fuerza de la costumbre de medio siglo, las tijeras, el frasco de goma, el cordel para hacer los paquetes. Le preocupa que esos poemitas que le envió una muchacha colombiana no hayan alcanzado a salir publicados. Pero pronto comenzará a tener visitas, llegarán sus amigos a quienes tanto divulgó y admiró: Martí, Sarmiento, Bello, Hostos, Whitman, Masferrer, Varona, don Baldomero Sanín Cano, la Mistral, Montalvo...

¡Y con ellos va a tener tanto de que conversarl!